

*M. 10*  
CRÍTICA LITERARIA



# JUAN BALTAZAR MAZIEL

POR EL

DR. ARTURO REYNAL O'CONNOR



EDITOR

—  
ARNOLDO MOEN.—Nueva Librería Europea.—Florida 314  
BUENOS AIRES

1893

Al P<sup>r</sup> V<sup>r</sup> B<sup>r</sup> Luis Melian Lafinur.  
Reverendo de alta estima al ilustrado escritor  
CRÍTICA LITERARIA <sup>y dictadura cívica</sup>  
*q.º 10* <sup>lafinur</sup>  
y <sup>a aff</sup> *YSS*

Buenos Aires, Mayo 2/93

El autor.

# JUAN BALTAZAR MAZIEL

POR EL

D<sub>r.</sub> ARTURO REYNAL O'CONNOR



EDITOR

—  
ARNOLDO MOEN.—Nueva Libreria Europea.—Florida 314

BUENOS AIRES

—  
1893

## ADVERTENCIA

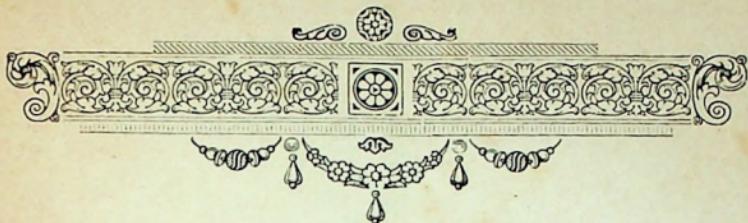
---

En el escrito anterior sobre el Dr. Lafinur, hicimos conocer en un *Prefacio* los móviles que nos guían en este género de publicaciones destinadas á estudiar la generacion intelectual de la colonia y de la independencia, que contribuyó á darnos esta patria que hemos convertido en una Babel y que la falta de patriotismo ha llevado al borde de su perdicion. Los que quieran, pues, enterarse de ellos y del plan que hemos adoptado, pueden recurrir á él.

Estas líneas solo tienen por objeto advertir al público que, en vista del favor que le ha dispensado á dicho trabajo, el autor ha encontrado en el Sr. Arnoldo Moen un hombre amable y valiente que, á pesar de la época anti literaria que cruzamos, se ha ofrecido á salir de Editor de la publicacion del presente y de los que en adelante le siguieren de igual carácter.

Queda él, en consecuencia, encargado de la venta en lo sucesivo en su libreria; Florida 314, sin perjuicio de los derechos de propiedad que se reserva:

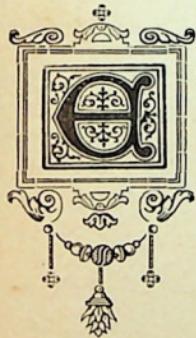
*El Autor.*



## JUAN BALTAZAR MAZIEL

---

### I



studiando á los antiguos poetas patrios, hemos tenido que atravesar el panteon de nuestra historia, desde sus gradas de mármol, con columnas corintias, hasta el huerto sombrío que encierra á Falucho y Cabral y tantas otras glorias queridas, eclipsadas por la orfandad.

El alma, al ensancharse bajo sus bóvedas rumosas, nos transporta al legendario pasado, y la frente cansada al fin se irgue al soplo del patriotismo. La muerte se convierte en enseñanza estoica, y cada cruz, con su eterno lamento, nos señala los rumbos de la fortaleza y la virtud. Léjos de la patria ideal, brótanos el rubor al pensar que la última de esas tumbas,

derruida y olvidada, es más fecunda que nuestra existencia, aniquilada por el egoísmo; pero íntimo es el consuelo ante los rayos luminosos que despiden, como si dormitase la aurora en sus tinieblas! Es la gratitud póstuma que, en nombre de la tradición, reclama amor y respeto, y pueblo—exclamamos,—que ha producido tales hombres, rindiéndoles culto tan sagrado, no puede morir! Su destino, aunque combatido, tiene que ser severo y radiante!

¡Cuán breve es el extasis! La frente, que acarició el aura de la inmortalidad, vuélvese adusta al contemplar tambien en este recinto la pasión y la injusticia! ¿Dónde está el alma del Dean Funes, que irradió en el parlamento y la historia su elocuencia y saber? No oimos ni los ecos de los pasos del presbítero Juanzaras, primer Rector de San Carlos, alejándose de su cátedra para entregarse en nuestros cercos á su propio estudio sicológico y á la contemplación de la naturaleza! ¿Hay algun republicano más sincero que el franciscano Cayetano José Rodríguez, miembro del Congreso de Tucumán? ¿Háse visto nada más patriota que el vicario Molina y el presbítero Navarro, animoso combatiente en San Lorenzo? ¿Dónde está el capellan Rivarola, cantor de las invasiones inglesas; la sátira ardiente del padre Castañeda; el entusiasmo de Chorroarin; la elocuencia de García y el liberalismo de del Corro? Solo se ven epitafios guerreros, adornados de lau-

reles, y apenas sus nombres, mezclados con los de Alberti, Saenz, Agüero, Iturri, Achega, Zavaleta, Gomez y Segurola (1), aparecen en las lozas sepulcrales, para evocar en los que les conocieron el recuerdo de sus acciones y virtudes.

Nos referimos á nuestro primer clero, el más argentino, por su nacionalidad y patriotismo, que hemos poseido. Ningun pueblo, en sus albores, contó con otro superior en dignidad, ilustracion y virtud. Fué el precursor de Mayo, y tutor, por un resabio antiguo, de la juventud, en vez de educarla para la abyeccion, como en otros paises, templó su espíritu en las doctrinas de Plutarco y Rousseau, que engendraron los derechos humanos. Las ilustres aulas de San Carlos, Córdoba y Charcas son la cuna del liberalismo de la inteligencia argentina. Los insurrectos de 1810 fueron sus discípulos, y numerosos son los sacerdotes que, desde el glorioso dia de aquel año hasta el Congreso de Tucuman, representaron al clero en la epopeya de la revolucion, desplegando igual ardor en las juntas gubernativas, en los parlamentos, en los campos de batalla, en el destierro, en la cátedra y en el púlpito, como si hubieran querido demostrar que el catolicismo es el apóstol más celoso de la libertad.

El espléndido cuadro de nuestra emancipacion,

(1) Ilustrados compatriotas que vistieron la toga eclesiástica y se distinguieron en la cátedra y la política.

no los cuenta, sin embargo, entre sus actores, porque, por un criterio congénito, nos creemos hijos de la fuerza y no de la decadencia de la metrópoli y de la civilizacion del mundo. De ahí es que la historia nacional sea preferentemente una descripción de batallas, sin otro aliento que la prepotencia bética, cuando si hubieron guerreros, fué porque sus cerebros y brazos los inspiraron y enardecieron los publicistas, oradores, filósofos y poetas, representados por los Alberti, los Chorroarin, los Rodriguez, los Rivarola, los Gomez, los Agüero, los Acheaga y los Molina (1), que constituyán la intelectualidad

(1) El Dr. Alberti era cura de San Nicolás cuando se dió en la Plaza Mayor el grito de independencia el 25 de Mayo de 1810 y formó parte de la primera Junta de Gobierno. El presbítero Dr. D. Luis José Chorroarin, Canónigo de la Catedral, fué Catedrático de Filosofía en San Carlos y uno de los más fogosos insurrectos, expresando en el *Cabildo abierto* del dia 22 que el virey debía cesar y reasumir el pueblo su autoridad. El franciscano Cayetano José Rodriguez, Catedrático de Filosofía en San Francisco y la Universidad de Córdoba, fué poeta, y tambien uno de los patriotas de aquella época. Trabajó sin descanso en la prensa y en el aula por la emancipacion intelectual de la juventud, y en 1816 firmó en Tucuman el acta de la Independencia. El Dr. Pantaleon Rivarola, sacerdote y capellan de un regimiento de la reconquista, fué escritor, poeta y publicó dos romances sobre el rechazo de las invasiones inglesas. El Dr. Valentin Gomez, Provisor y Gobernador del Obispado, fué Catedrático de Filosofía y de Teología en San Carlos, y hábil diplomático. El Dr. Gregorio José Gomez, hermano del anterior, fué eclesiástico notable y dictó iguales clases en aquel establecimiento. El Dr. Juan Manuel Fernández Agüero, cura parroquial, fué en 1805 Catedrático de Filosofía, y cuando sustituyó al Dr. Lafinur en esta aula, mostróse ardiente partidario de Condillac y Tracy, reaccionando contra el escolasticismo. El Dr. Domingo Victorio Acheaga, Canónigo de la Catedral, fué un notable orador sacerdotal y Catedrático de Filosofía de San Carlos. Miembro de la Asamblea de 1812, cabildante en 1816 y nombrado en este mismo año para reformar el Estado provisorio, fué diputado al Congreso en 1817 y en cuyas fun-

de aquella época. Son los verdaderos varones ilustres de la República, que aun estiran del sepulcro sus secas manos, reclamando su herencia en la justicia póstuma.

Mientras llega el juicio trascendental, científico y verdaderamente histórico, que dará apropiado lugar á los acontecimientos y sus hombres, digamos que el doctor Juan Baltazar Maziel, de quien vamos á ocuparnos, figura en primera línea entre aquella digna falange y al lado de sus contemporáneos Funes y Labarden, por su erudicion y carácter. Una conspiracion de olvido pesa sobre este noble argentino, dice el doctor Gutierrez; pero ella se extiende á todos los sacerdotes de su tiempo y predecesores, que fueron la cruz de la revolucion y bendicientes de las banderas de los regimientos patricios que vencieron en las calles á las armas británicas, como una de las tantas expiaciones sociales del militarismo en este continente (1). Creemos, por el contrario, que el doctor Maziel, debido

ciones cedió las dos tercera partes de su sueldo para restaurar el Colegio de San Carlos. Transformado éste en el de la Union del Sud, fué designado su Rector, y dedicóse con afan á la enseñanza liberal de la juventud. José Agustín Molina, Vicario y poeta de la Independencia, fué igualmente un esclarecido patriota por su virtud y liberalismo.

(1)—Los cuerpos de voluntarios, patricios y europeos estaban en el Retiro cuando se aprestaban en 1806 á rechazar las invasiones inglesas, pero antes de combatirlas, se dirijeron á la Catedral, donde nuestros prelados bendijeron sus banderas. Esta ceremonia y el entusiasmo popular en su tránsito, que ha escapado á todos los cronistas de aquellos sucesos, se halla descrito en verso por el poeta, Coronel don Juan Ramon Rojas, que tomó parte en la reconquista.

á sus talentos y virtudes, fué altamente apreciado por las autoridades, y ninguno de sus conciudanos gozó de mayor consideracion social, siendo tales recuerdos el único consuelo que tuvo en las horas amargas de su injusto destierro.

Nació en Santa-Fé en 1727, é hizo sus estudios en el Colegio de Monserrat, en Córdoba, bajo la direccion de los padres jesuitas. Afanoso de saber, parte, doctorado en teología, á Santiago de Chile, para seguir, en aquella afamada Universidad, los cursos de Derecho Civil. En 1754 aparece en esta ciudad recibido de Doctor en ambos derechos (1), abogado, ilustrado y con un porvenir halagüeño en el clero y la sociedad. Contaba á la sazon veinte y seis años!

Fué Provisor y Gobernador del Obispado, Canónigo, Maestrescuela, Cancelario de San Carlos, primer orador sagrado y tan reputado jurisconsulto, que era el asesor obligado en los juicios sobre jurisdiccion que se suscitaban continuamente entre las autoridades civil y eclesiástica. El mismo doctor Gutierrez confiesa que fué una especie de oráculo. Vivía en el corazon de la ciudad: calle de la Piedad, á espaldas de la Catedral, donde hoy existe uno de los tantos Bancos ó sociedades anónimas que tanto han corrompido con su juego especulativo á nues-

(1)—Así se decía antiguamente de los que, despues de haber cursado los cánones, terminaban los estudios de jurisprudencia.

tra inconciente poblacion. La casa, amplia y con espacioso corral, era de su propiedad y habida en pago de honorarios forenses, defendiendo á Doña Juana J. Basurco en pleito contra los Betlemitas. Poseía una biblioteca de 1079 volúmenes, que le asigna el rango de nuestro primer bibliófilo; un ri-quísmo mueblaje, coche con cuatro mulas mansas, mates de plata, baston de carey y valiosas alhajas, que atestiguaban la holgura y lujo de su dueño en armonía con su alta posición social.

Engañado está quien creyere que iba á presentarle un monje. Era un personaje de campanillas, pasivo á todas las exigencias mundanas. La causa de aquella apreciacion sombría está en que se le juzga por su destierro. Fué, sin duda, inícuo, pareciéndose más á una degradante expulsion, pero diferente de su existencia, feliz y plagada de merecidas recompensas.

La vida es harto corta para separarla de la muerte. Ambas son una, como el dia y la noche unidos por el crepúsculo, aunque aquella es la luz resplandeciente ante la realidad y la otra es la sombra con su impenetrable misterio. ¿Por qué oscurecer más la misera vida! Dejemos que irradie, si fué pura y serena, con todos sus resplandores, y que las nubes rueden al horizonte á velar la última hora. Es la verdad, y quiere luz; la otra es la duda, y busca las tinieblas.

La naturaleza dotóle de talento y carácter; obtuvo, aunque por propio esfuerzo, ilustración y virtud, esos galardones preciosos de la mente y del corazón. Todo ello fué reconocido y apreciado por sus contemporáneos. Estas líneas, en verdad, son las únicas, después de las del doctor Gutierrez, acerca de su personalidad,—pero ¿qué valen nuestras palabras sin eco ante el elogio brillante de Funes y tierno de Iturri! Dice el famoso Dean, que *el Doctor Maziel fué formado para el cultivo de las letras y que estaba dotado de un entendimiento profundo, de un génio vasto, de un exquisito gusto, de una memoria feliz y de una elocuencia irresistible en el foro y en el púlpito.* El poético jesuita afirma: *que la naturaleza, la gracia y el cultivo habían reunido en él cuanto dividido en muchos basta para conciliarles nombre y reputacion. Sus talentos, sus virtudes y sus letras podrán tener émulos envidiosos, mas no tendrán sucesores en ese Vireinato.* Maziel era uno de aquellos modelos en que trabaja la naturaleza siglos enteros y con el cual muestra de tarde en tarde sus fuerzas, su valor y maestría en la formación de un hombre que destina á la gloria de la especie humana y á picar la emulación de la humanidad. Estaba en Roma cuando supo su triste fin, y exclamó que no pudo llegarle de toda la América noticia más infiusta. Creyó que su muerte fué una pérdida irreparable, y oprimiéndose el corazón con la fúnebre

carta, entró á la iglesia de San Carlos para tributar á su memoria oraciones y lágrimas.

Si créese que sea la expansion ante una tumba recien abierta, diremos que su destierro fué un dia de duelo y agitacion, abandonando *todo el mundo su siesta* y corriendo á la playa para ver *lo que nadie quería creer*. Inmediatamente el clero de Buenos Aires, representado por once curas de iglesias, cuatro profesores de San Carlos, encabezados por el doctor Chorroarin y varios dignatarios de la Catedral, protestó ante el Notario Eclesiástico de la inocencia del doctor Maziel *bajo cualquier aspecto que se considere*, haciendo públicos sus méritos, los servicios prestados, las consideraciones que se le debían y la arbitrariedad despótica del marqués de Loreto.

Hasta el Rey de España hízole debida justicia. Una vez que se encontró en el *Presidio*, como se llamaba entonces á Montevideo, dirijióse respetuosamente al virey Loreto, participándole que con fecha 11 de Enero de 1787 se presentó en su casa una partida de granaderos, mandada por un capitán y un ayudante, y cerrando éstos préviamente las puertas, intimáronle que *inmediatamente* saliese para tomar el coche que debía conducirlo á la lancha, sin considerar que estaba postrado en el lecho y convaleciente de un ataque de gota. Como se invocabá su órden, é ignoraba los *crímenes* que pudo

haber cometido, le rogaba, para descargo de su conciencia, que se los manifestara, porque solo crímenes podían inducir á que *su celo fuese movido por un procedimiento tan ruidoso y que en el dia de su ejecucion arrojó todo el pueblo en el escándalo y la consternacion.* El virey Loreto, por intermedio del Gobernador del *Presidio*, comunicóle que ya determinó acerca de su persona y que se abstuviera absolutamente de *contestar* con su superioridad.

El doctor Maziel, ante despacho tan inquisitorial, dirijóse, por vía de súplica, á la corte de España en un extenso memorial, adjuntando el manifiesto público del clero de Buenos Aires. Pedía en él su inmediata libertad y la reposicion en todos sus empleos y dignidades. A los siete meses, ó sea en lo que duraba un viaje de vuelta entre nuestro puerto y la metrópoli, el marqués de Loreto recibió un oficio del ministro Porlier, ordenándole, por mandato del Soberano, que repusiese *inmediatamente* en su silla al doctor Maziel; pero ¡era ya tarde! acababa de morir de pena al verse arrancado injustamente de su hogar, anciano, enfermo, para hacérsele atravesar el río y arrojarlo en un calabozo! Fué tal el sentimiento público que se sublevó al rededor de su nombre, amparándolo con piadosa simpatía, que sus sobrinos no se arredraron en presentarse al Juez contra el mismo Virey por resarcimiento de daños y perjuicios, y estaba tan

desprestijada su autoridad, que fué condenado al pago de los gastos de la traslacion del cadáver y exequias en la Catedral, prévia desaprobacion de todas sus providencias y dos mil pesos de indemnizacion.

¡Pobre Dr. Maziel! Fué una víctima de la intriga palaciega, que ya principiaba á envenenar esta sociedad. En el memorial al Soberano, decía refiriéndose al virey: *él debió tener para mí la más favorable prevencion, pues tuve el honor de predicarle en su pública entrada sobre el amor, obediencia y respeto que se le debía como á lugarteniente de Vuestra Majestad.* ¡Ingénuo! Por lo mismo que fué su panejirista, los émulos del marqués se agazaparon trás sus flores retóricas para desvirtuarlo, temiendo su ulterior influencia, fundada en méritos reales y resaltantes. Maziel, dados sus cualidades, tenía que ejercitarlas en pró del bien general, y éllos, traficantes ó extranjeros, querían que la administracion tomase torcidos rumbos para satisfacer sus ambiciones e intereses. Exactamente tal cual para hoy, despues de un siglo!

El marqués de Loreto no necesitaba que lo incitaran mucho. Era un sér soberbio, vulgar y neurótico; detestaba á los hijos del pais, y bastóle que nuestro prelado se hubiese opuesto, en ejercicio de su Cabildo, á la injusta destitucion del Arcediano Riglos, para decretar su destierro y confiscacion de bienes, so pretexto de que era rebelde á las atribu-

ciones privativas de su vice-patronato. Medió otra circunstancia personalísima. Maziel era, por su rango social y en el clero, un caudillo intelectual, y hasta su central mansion, por sus numerosos libros y relaciones, despertaba la envidia de los pequeños. Cayó, porque no fué combatido de frente, sino minado por las pasiones míseras. ¿Qué más podía esperar de aduladores, incapaces de ascender á su altura!...

Estamos seguros de que si la ilustre víctima alzara del polvo su perfil romano, sonreiría ante tan indigna victoria, porque ella dió lugar á que el clero se rebelara para divorciarse públicamente de la autoridad del virey, contribuyendo quizá al alzamiento que en 1810 derrocó en la Plaza Mayor el último representante de la metrópoli. El fanatismo querrá ver en este suceso un decreto de la providencia, premiando la resignacion sublime de un alma evangélica y acrisolada por una vida virtuosísima, pero nosotros, que creemos que en este mundo el mal propende como el bien al fin general de la humanidad, lo saludamos como á un mártir de la sociabilidad y en cuyo infortunio ésta se templó para soñar la redencion futura. Si no aparece con las palmas sombrías, no es culpa de su época, que le amó hasta la adoracion, y, lo que es más raro, le comprendió en su austeridad, sino de las generaciones modernas, que le dejan, junto con otros precla-

ros prelados, abandonado en el osario comun, desconociendo sus esfuerzos originarios en la conquista de nuestra nacionalidad, por carecer de un criterio moderno y levantado. ¿Acaso por ocultar que fueron los precursores de la emancipacion y los maestros de los revolucionarios! Si ellos fueron, al lado de la sublime y amable figura de Jesús, los primeros paladines de la libertad humana, iniciando esta era cristiana, símbolo del derecho y el amor!

No se extrañe que un católico inconciente, sin otra fé que la tradicion, reclame, para nuestro primer clero, el puesto que conquistó hasta con su sangre, porque la justicia histórica debe ser la más sagrada, y disipadas ya las pasiones, pudo habérse-lo discernido con pompa, para honra de la verdad y de la gratitud argentina.

## II

Confesaremos que no son muy numerosos los datos que existen sobre el Dr. Maziel. Apenas alcanzan para una página biográfica, pero nos bastan, porque son esenciales, sucesivos y dejan estampado su paso en la huella mundanal.

Hay existencias llenas de hechos, que pasan desapercibidas, y otras, en que un solo acontecimiento las arranca de la esfera de la modestia, para presen-

tarlas en el pedestal histórico del ejemplo fecundo. A estas pertenece la de nuestro antiguo compatriota. Humilde y severa, como corresponde á un sacerdote de la colonia, el dolor la levanta sobre la de sus contemporáneos, sobre todo cuando se piensa que éste fué fruto de la injusticia y del régimen que pesó, con su ignorancia y despotismo, sobre los orígenes de nuestra nacionalidad.

Como el anatómico que recoje un dedo en la vía, no para estudiarlo, sino para construir ideal ó materialmente un esqueleto, tenemos suficientes con los datos que nos suministra la tradicion, porque son piedra de toque del espíritu, y nos proponemos tan solo palpar su fondo, para saber lo que encerraba de divino ó puramente humano.

Poseemos una ley infalible: la vida es el resplandor del alma, y su destino es fatal, salvo causas superiores ú orgánicas. Con lo que conocemos del Dr. Maziel, tenemos su corazon; seguimos, como si lo estuviéramos viendo, el curso de sus ideas; los sentimientos que lo agitaron; los ideales que rebosan de energía, inoculando una sávia sobrehumana, y los desengaños que ruedan, con girones del alma y cabellos, arrastrados por las ráfagas del mundo. Surco que deja en la tierra el hombre al ausentarse para siempre, como el ave las sedosas plumas en las manos del niño al lanzarse nuevamente al espacio!.... Lo demás son visiones, pre-

sentimientos, anhelos, fuegos fátuos ó recuerdos luminosos y sombríos, que tambien se convierten en polvo.

Diremos, ante todo, que este preclaro argentino poseía una alma verdaderamente sacerdotal. Nos explicaremos. El soldado de Cristo no se convierte, por la fórmula de la consagracion, en un sér superior. Al acercarnos á él, sin embargo, nos impresiona cual si lo fuera realmente por el pensamiento. ¿Quién no ha experimentado este fenómeno! Desde niños crecimos creyendo que nacieron con sotana y sombrero de teja, y el más empecinado de los ateos, estando en su contacto, se sobrecoje y baja la vista, como si se sintiese envuelto por el manto de su sombra. No es sujestion simpática, sino el alma que se estremece al verse cautiva y sondeada por el rayo frio de su mirada profunda.

Nos observa en silencio, y apenas desplegamos los lábios, sabe á qué género de pecadores pertenecemos. Nos crefamos más fuertes por la inteligencia y la ciencia, superiores á la fé, y vemos que su hábito los realza, aprisionándonos como en dorada red. ¿Por qué ocultarlo! Poseen una fuerza avasalladora, que hace plegar las alas. ¿Es amor, respeto, temor? Nó, — es la dominacion del sér, que ha llevado una existencia subjetiva, sobre los que solo han vivido de los sentidos y de la observacion externa.

Su vocacion los divorcia de las pasiones é intereses efímeros, y náufragos del mundo, el claustro los recoje y los convierte en sicólogos, haciéndolos vivir de sí mismos. Todo influye en ellos: la patria, la familia, que brillan tan solo como recuerdos; la soledad, el compañerismo, la atmósfera y la meditacion; los muros macizos, desnudos, y las blancas bóvedas, que hablan al alma para sobrecojerla y atraerla hasta la muerte! Solo Dios existe para ellos,—y el alma, que la sienten revelada por el pensamiento, los diviniza mientras más se acercan á El; todo lo demás, desde la noción del tiempo, ha muerto!.... Nacerán despues las ambiciones, que quitan el sueño y horadan el alma, pero ya la educación claustral los ha habituado al pensamiento, levantándolos íntimamente. ¡Miradlos! tienen la conciencia de su fuerza, revelada por los rasgos severos de su frente, como una coraza para resistir á las asechanzas del mundo!

Nos parece inútil decir que no nos referimos á esas grotescas corpulencias, que solo buscan en un retiro egoista la satisfaccion de sus instintos, sino á esos religiosos enjutos que, inspirados en las doctrinas del Maestro, se descarnan cada vez más para purificarse y comprenderlas mejor. De ellos viene Maziel. Representante preclaro de esa raza evangélica, que busca en la tierra, á costa de la vida, el reino de la inmortalidad, fué incontestablemente un

espíritu superior, que conservó hasta lo último la atraccion fascinadora del claustro. Capaz, por su abnegacion, de ser un misionero ó un benedictino, prefirió, acallando quizá íntimos votos, el difícil papel de prelado y ciudadano, creyendo que así cumplía mejor su mision pública. Más poderoso el patriotismo, que sentía palpitante, primó sobre aquél, y su influencia fué trascendental, sin mengua de su posicion eclesiástica. Hablamos del sér moral, porque, en aquella época, dueño el clero de la ciencia y de la política, era comun ver á caracteres arrogantes, como Chorroarin y Navarro, ser curas de almas y, á la vez, políticos y aun militares.

No es esta coincidencia que, en los demas paises, retardó la inteligencia de la juventud, arrojándola en el atraso y aun en la corrupcion, la que creó y aceleró el espíritu revolucionario, porque un mal sistema produce en todas partes idénticos efectos, sino el patriotismo de sus pechos, que les impidió, como á la aristocracia inglesa, seguir las prácticas de absorcion, para usar el poder en emancipar á su pueblo.

Tal evolucion no podía operarse sin que el clero reaccionara contra el pasado de la iglesia romana. Era arrojar en su propio seno la semilla revolucionaria. Pensamiento peligroso, por el patronato de la metrópoli y del virey, pero necesario, como una conspiracion militar, cuando una sociedad no posee

otros medios para salvarse. El mismo marqués de Loreto, con sus continuos desmanes, encargóse de preparar el terreno, resucitando la añeja animosidad del extranjero contra los hijos del país, acallada durante los paternales períodos de Vertiz y Ceballos. Maziel, por su ilustración é influencia, era el más apropiado para emprender tan relevante tarea. Así lo comprendió, ó, mejor dicho, lo sintió desde su juventud,—por lo que se dirigió á Chile después de graduarse de teólogo en Córdoba, para adquirir el doctorado en ambos derechos, porque si el destino es una ley fatal, el hombre lo lleva en su corazón y repercute en cada uno de sus pasos. El Dean Funes, dijo: *sin más libros extranjeros que los pocos que podían llegar á sus manos por el comercio de una nación como la española, siempre á la zaga de su siglo, supo purgarse de las antiguas preocupaciones por la crítica, por el estudio de los padres, por el de la historia y por el de los libros amenos.* Es el más acabado elogio que puede hacerse á una inteligencia argentina del siglo XVIII, amarrada á la Roma papal, y que pretende con la ciencia moderna, tan perseguida entonces, contrarrestar el absolutismo.

He aquí su afán apenas llegó á Buenos Aires, cuando aun era joven, desconocido, pero laureado y animoso. Estudió, no por vanidad ni deseo quizás de saber, sino para producir la reacción liberal que aspiraba. Conocedor del mundo, agitóse como un

político, porque sabía que la posición social sería el árbitro de su pensamiento. Vémosle así, sucesivamente, Gobernador del Obispado, Canónigo, Cancillario de San Carlos, Maestrescuela y, al mismo tiempo, abogado, jurisconsulto, orador sagrado, poeta, escritor y cuanto, con las horas repartidas, conseguía en lustre de su nombre.

Sabiendo que la acción pública, para ser eficaz, debe nacer del poder mismo, llevó al seno íntimo del clero su insinuante palabra. Esta institución, retraída ya en sus afectos de la autoridad civil, requería, á pesar de su poderío, cohesión para ser fuerte. Estableció en la catedral conferencias semanales, y las presidía personalmente para desentumir esas inteligencias por la interpretación razonada de los padres, la historia y la crítica, resultando muy útiles consecuencias en la práctica é iguales progresos en la instrucción de sus individuos. Si abrigaban aun algunas dudas, trataba de despejarlas frانgueándoles su abundante, copiosa y muy exquisita librería. El documento á que nos referimos, agrega: que no avaro de su exquisita literatura, ha procurado difundir sus singulares conocimientos en el clero, tanto en las materias morales y disciplina eclesiástica, como en la historia de la iglesia y oratoria cristiana, inclinándolo al buen gusto en tan importantes y útiles objetos.

¿Qué libros eran esos? Voltaire, Bayle, Flechier,

Massillon, Bossuet y Fenelon, enciclopedistas en su mayor parte, es decir, reaccionarios que prepararon la libertad política é intelectual del siglo XIX! ¡Voltaire! Su nombre lo dice todo,—y cuando se recuerda que aquella juventud, para leer á Rousseau, tenía que esconderlo entre sus vestidos, se comprende la audacia patriótica de Maziel, porque entonces no entraba aquí ningún escrito con asomos de liberalismo, ó era perseguido y despedazado. Impresos en el idioma original figuran en el inventario de sus bienes, y debió traerlos de Chile, previendo el vuelco que daría con ellos á las preocupaciones dominantes.

Sintiéndose, por su prepotencia, jefe del clero, pensó en la trascendencia de la oratoria sagrada puesta al servicio de la reforma. Hemos escuchado al cardenal Manning, en San Pablo, y al padre Jacinto, en la Magdalena, en sus buenos tiempos, que son dos polos opuestos en el púlpito, y podemos asegurar que la palabra, bajo la influencia de la fé y del recinto, es una de las fuerzas más poderosas del espíritu. No domina las muchedumbres: las arrastra como el viento á las mareas! Proviene, ciertamente, de que obra sobre la mujer, más sensible que pensante, y penetra, por su intermedio, en la familia, en el hogar, es decir, en la sociedad misma, envolviéndola como si fuera ola. No importa cuál fuere la religion, porque el púlpito es la más

alta de las cátedras: se habla con Dios, y el que la sube, pisa la cima del mundo!

El Dr. Maziel, en posesion de este secreto, usó de todos los matices estéticos para arrobar el espíritu de esa mujer argentina, de temperamento español, pálida como el espanto y enlutada por el partido cabello. El Dean Funes dijo que su elocuencia era irresistible, y dos viejos patriotas, que recogieron las impresiones de sus antepasados, nos han referido que su voz cruzó los templos como un meteoro, despertando las conciencias y embelleciendo la vida. Hablaba, seguramente, por el recuerdo de sus maestros Massillon y Bossuet, pero su prestigio estaba en la conciencia de su poder.

;Y tenía Maziel dignísimos competidores! Existían fray Cayetano Rodriguez, Pantaleon García, el Dr. Montero y el padre Julian Perdriel, que hacían resonar en las bóvedas de nuestros templos sus arranques inspirados ante auditorios que iban allí á elevar sus corazones y no á lucir sus vanidades, pero la fama y erudicion del Dr. Maziel daban mayor autoridad á su palabra, colocándolo á la cabeza de esa pléyade luminosa, que trabajaba, en cumplimiento de su mision, por la verdadera emancipacion de las almas. Su elevada estatura, aunque algo encorvada por la edad; la expresion bondadosa de su rostro; su lenguaje noble, sencillo y sin exclamaciones patéti-

cas, habían cautivado de antemano aquel rebaño, que solo iba á arrodillarse en el templo para saciar su sed de verdad religiosa.

Hemos visto subir al púlpito á los más grandes predicadores de nuestro tiempo. Geniales ó vulgares, no se turban jamás, y encubren con mansedumbre su audacia terrible. Principian por pasear la mirada sobre sus fieles, y cuando desean conmover ó persuadir, dan cauce á su retórica tierna ó ardiente. Realistas, creen ver un océano en la muchedumbre prosternada á sus piés, y la invocan hasta hacerle brotar olas, que ellos contienen y desafían para demostrar su pujanza. Parecen, entonces, marinos en el puente que empujan la tempestad! Algunos caen en la exajeracion y los anatemas; otros, menos patéticos, aman las lágrimas, y piden perdon al cielo por haber alzado la voz. Bajan, haciendo estremecer los peldaños, pero la multitud los lleva en el alma, murmurando sus frases y esparce sus ecos en los hogares.

Así dirijen el corazon. Así, la mujer, por medio de la familia y el hogar, conviértese en agente social del clero; así esta mitad del género humano, débil é inconciente, gobierna al mundo; así el hombre, embargado por la vida pública ó el rudo trabajo, despiértase con una obra indestructible; así las religiones dominan las sociedades, infiltrándose co-

mo luz, aunque cerreis la puerta, por las hendijas y bocallaves!

Es para congratularse cuando es un Maziel quien empuña el timon, porque, sin dureza ni amargura, os dignificará si os vé postrados y levantará vuestra frente del abatimiento. Igual diríamos de Riglos, Agüero ú otros predicadores, que seguían sus corrientes, impulsados por el liberalismo. Ráfaga de cristianismo ¡bendita sea mil veces la hora en que viniste del Calvario para levantar el polvo de nuestro suelo! Fuiste la aurora de una noche eterna, que solo debía disiparla el fuego de cien combates!

Doquiera que el futuro pueblo de Mayo se congregaba, fuese para celebrar fiestas civiles ó religiosas, allí estaba Maziel presidiendo ó actuando en primera línea. Recibió al virey Loreto en su pública entrada, é hizo su panegírico,—y su oracion fúnebre en la tumba de Ceballos, brilla, por su classicismo y aliento, como una piedra preciosa entre las raras de tan difícil género. Estamos seguros de que concurría preferentemente á los concursos de prebendas, conferencias literarias y exámenes, porque lo ponían más en contacto con la juventud y la ciencia, que eran su preocupacion, por el consorcio necesario de ambos para la persecucion de su ideal.

No amaba la popularidad. Le tendría hasta ho-

rror,—y asistía á aquellos espectáculos, dejando, como el actor, el corazon en su casa. Sí,—en las tertulias de la Catedral y en los certámenes y fiestas escolares sentíase más libre, y con la expansiva franqueza de las pequeñas reuniones. El sacerdote posée tambien alma, y huérfana de todo afecto, siente frío en el hogar al verse solo. ¡Siempre en el foro, en el púlpito y embargado por su ministerio! aquellos grupos de jóvenes, sanos y sonrientes, que balbuceaban las grandes frases del porvenir, eran su familia que le brindaban el calor necesario para vivir y engañarse!

El impulso que dió á la instrucción superior fué decisivo é importante. Concentrada en manos de los jesuitas, el virey Vertiz, después de su expulsión en 1767, por Carlos III, consultó á los Cabildos eclesiástico y escolar sobre el medio de establecer escuelas para la educación de la juventud. Estos aconsejeron la creación de un Colegio Convictorio. Así nació el famoso colegio de San Carlos, sostenido por la Junta de Temporalidades. Nombra do Cancelario el Dr. Maziel, después de haber contribuido con sus consejos y propaganda á su instalación, dedicó toda su energía á organizar principalmente los estudios morales y científicos bajo sistemas razonados y modernos.

En Teología siguiéreronse las doctrinas de San Agustín y Santo Tomás; se creó una clase de Gra-

mática y otra de Lógica, además de la de Filosofía. Salió ésta del exclusivismo de la antiguedad, para franquear el terreno de la discusion libre, y la Física, que estada relegada al nivel de la nigromancia, en su informe al virey fué tan explícito, que dijo: *se debían apartar de Aristóteles y seguir á Descartes y Newton y las observaciones de la experiencia en que tan útilmente trabajan las Academias modernas.* Los jesuitas son la institucion religiosa más ilustrada y ávida de ciencia aun contraria á sus fines; se han devorado á Voltaire y Rousseau, y han sido sus primeros lectores, pero se los ocultarán á sus discípulos, haciéndoles creer que hasta ignoran sus doctrinas, por seguir manteniéndolos en el oscurantismo. Por sistemáticos, se han condenado á eterna esterilidad. De ahí es que, á pesar de su talento y carácter, no hayan sembrado ninguna ninguna idea en las numerosas veces que han recorrido el mundo!

Este colegio quedó colocado, por el empuje del Dr. Maziel, muy por arriba de la Universidad de Salamanca, la más celebrada de España, y que contestó en 1771 al Consejo de Castilla: *que no se podía apartar del sistema del Peripato; que Newton y Descartes no simbolizaban tanto como Aristóteles, y que ella, así como sus antepasados, no se atrevía á ser autora de nuevos métodos.* El despotismo peripatético fué absoluto en la Edad Media, pero ante una corpo-

racion que insistía en gobernarse por el pasado, como si no existiese el porvenir, la reforma del Dr. Maziel, aunque aplaudida por la opinion, parecía audaz á los residentes españoles ó demasiado adictos al rey. Como evolucion, que inicia una era, este colegio abrió sus puertas bajo los auspicios del razonamiento á los profesores más distinguidos, como Montero, Fernandez, Zavaleta y Camacho, teniendo por alumnos á Saavedra, Chorroarin, Tagle, Perdriel, Mantilla, Barañao, Luquesi, Reyes etc. etc. Todos se comprendieron con amor, como si hubiesen presentido la influencia de sus lecciones y la que ejercerían más tarde en la sociedad.

El orígen de nuestra instruccion se halla así ligado al nombre del Dr. Maziel, y el tiempo, que no es ingrato, lo hará saber algun dia con letras indelebles para su honra y la de la nacionalidad argentina. La civilizacion es la aspiracion suprema de los pueblos, pero no se obtiene con una sola batalla. Es una evolucion del progreso, que tarda generalmente siglos, requiriendo el esfuerzo de varias generaciones, — y ¡cuán hermosa no aparece en la historia, brotada como relámpago de la idea! sobre todo cuando ésta nace de cerebro argentino contra la oposicion del coloniaje. Es la pujanza orgánica de la sociedad, que trata, por sus preclaros hijos, de producir una civilizacion propia, para cimentar una

emancipacion que principio por ser intelectual y eficaz.

En 1770 fué nombrado Maestrescuela, puesto en que tenía la superintendencia de la enseñanza religiosa de toda la Diócesis. Así continuó sus días, prolongándolos con abnegacion y ternura en tan varias y desinteresadas tareas hasta 1787, en que fué arrancado de su hogar para no retornar nunca. ¡Puede ofrecerse una vida más patriótica y sedienta de ideal! ¡Cuánto no se armonizan, en un espíritu superior, la religion y la ciencia, la iglesia y la libertad, la autoridad y el derecho! Cuando se piensa en el abismo abierto por el egoísmo humano, el bien aparece como el placer más dulce y la felicidad suprema, y si se mira al cielo, se vé una puerta abierta é iluminada, que incita al heroísmo y al martirio!

### III

Hemos leido detenidamente los escritos del Dr. Maziel, y especialmente su discurso en la muerte del virey Ceballos, donde se muestra más amplio, para ver si hallábamos la palabra patria, balbuceada siquiera como un avance á sus contemporáneos. No la hemos encontrado, porque, como el derecho, no es una idea, sino un producto del organismo del pueblo, que nace con su conciencia al revestirse

con las formas de su individualidad. Rebosan, sin embargo, de aquellas generalidades que exhalan vagos anhelos, semejantes á los rayos primeros del sol. Respiran, sobre todo, esos rumores de las muchedumbres, que cargan la atmósfera, y hacen presentir los sucesos.

Nuestros antepasados no conocieron la patria; pero los que, como Maziel, le dedicaron sus afanes, la llevaron en el alma como el desterrado. A sus discusiones con los vireyes, á sus persecuciones y sufrimientos, á la vida estrecha y sofocante de aldea que sobrellevaron, debemos las primeras palpitations de la soberanía. Si no les fué dado revelarla, como Kant á los dos astros que descubrió, la amaron con el instinto del huérfano que no conoció á su madre, para probar que si no hay ideas innatas, el corazon nace con sentimientos que mueren con él. ¡Almas sin patria! debemos respetarlas, no por que hayan pensado mucho, sino porque han sufrido demasiado!

Aquel clero, sicólogo y liberal, tenía que ser el primero en sentir la patria. Hijos del claustro, al despedirse del mundo para siempre, la soñaron con el amor y encanto de los bienes perdidos! Fueron el corazon de la revolucion, como otros su cerebro, al nacer á la luz de los principios. ¿Hay nada más puro y sublime que la patria así concebida! ¡Es un

cáos! que se condensó por el amor, el pensamiento, la accion y el sacrificio de sus hijos!

Maziel lloró la patria desde el destierro, pero la presintió en sus desvelos y al deslizarse los dias serenos de su ancianidad. En su agonía, díjole á un tal José Eusebio Gonzalez que estaba á su lado: *compadre, alcánceme ese Cristo que le quiero ver la cara,*—y se entregó á exclamaciones tan tiernas y elocuentes, acompañadas de acciones fervorosísimas, que aquél tuvo que salir de la pieza cubierto de lágrimas! ¡Era el *epuduam!* ese supremo y horrible instante sicológico, en que la fuerza de la pasion hace visibles y aun palpables las ideas! Así tambien debió entrever la patria. No se le presentaría como la inocencia escarnecida y perseguida, sino como la madre comun, bendita y divina; la política no era industria, sino amor,— y los hombres, en vez de fieras envilecidas por el egoismo, engrandecidos por la fraternidad!

¡La realidad á través de la verdad! el sueño de los filósofos y de los poetas! porque éstos, peregrinos del mundo moral, son los creadores de las ideas, é iluminan, como dijimos, los cerebros de los guerreros y electrizan sus brazos para convertirlos en glorias imperecederas. Tal vez el pensamiento haga más desgraciado al hombre, pero la ignorancia no es la inocencia virginal, sino la inconciencia que encubre los abismos,—y vale más sufrir en cam-

bio de las íntimas satisfacciones que brinda, que morir sin haberlo conocido. No podemos titubear; estamos enfrente del destino: el sér vulgar con los instintos y el superior con el pensamiento!

Aquél es la verdadera bestia humana, y éste la criatura divina. El uno ni ha gozado, como se imaginó, y en la última hora, al vislumbrar los resplandores celestiales, tiembla y recien maldice su vida; el otro, redimido por las ideas que ennoblecen y encantan el alma, crusa sereno, amable, sin remordimientos, tranquilo, sin otras angustias que las del infinito y las de la humanidad, y cierra los ojos con la sonrisa en los lábios, consolado por la intuicion de la gloria. En la lucha, habrá sido vencido, porque la creyó más noble, pero muere creyente, sin desengaños, fuerte y rejuvenecido, como una prueba de la inmortalidad.

En estos ejes absolutos rueda la existencia, y el que osa, con un término medio, balancearse entre los instintos y el pensamiento, cárre irremisiblemente en la despreciable vulgaridad. Carlyle los llama locos, y Zola, imbéciles. Nós,—ni lo uno ni lo otro; son altamente responsables, porque, seducidos por la avaricia, se han burlado del deber, de la virtud y de las sublimes aspiraciones que levantan el espíritu. Ellos son los que han producido estas generaciones decrepitas, que repiten á voz en cuello que la patria no existe y que

la vida es una comedia! ¡Impíos! han infeccionado el ambiente social, valiéndose del prisma del vicio para seducir la debilidad y la juventud!

El pensamiento es el goce supremo, y los que lo han conocido, no lo abandonan nunca. Maziel, en cuanto vióse apresado por los soldados de Loreto, púsose, sin proferir palabra, á arreglar su equipaje, y en vez de ropa necesaria, lo llenó de libros hasta el número de doscientos veinte y ocho. ¡Ved lo que es la ciencia! Temió más la desnudez del alma, que la de su cuerpo viejo y enfermo! Sabía que era luz y consuelo, y no dudó con ella surcar la adversidad, pero víctima de su inmensa espiritualidad, su conciencia no fué suficiente para sarvarlo, y sucumbió más de vergüenza que de pena al pensar en su destierro y en la opinión de la gente que lo vió conducido en forma tan infamante al embarcadero.

Clérigo y sicólogo, el pensamiento, direis, debió salvarlo como á Cervantes y Tasso, que escribieron en la prisión sus mejores páginas. Poseía sus queridos libros, que le habrían hecho olvidar sus vejámenes, retornándolo á sus años felices en el hogar, cuando trocaban de noche su soledad en plácido encanto; pero la injusticia debía triunfar! En vez de asistir á la reposición de sus empleos y dignidades, expira acongojogado en oscuro calabozo, recordando así una vez más el triste fin de las

contendidas, en los pueblos sin libertad, entre los débiles y los poderosos.

Contrista, verdaderamente, pensar que un esfuerzo más de voluntad habría quizá dado tiempo á que llegara la órden real de su libertad y rehabilitacion. El clero y la poblacion le habrían hecho un caluroso recibimiento, originando talvez la caida de Loreto, y en lugar del triunfo de la arbitrariedad, habríase admirado resplandeciente el de la inocencia; ¡pero ¡tal era su destino!.... No solo con sangre se riega el árbol de la libertad, sino tambien con lágrimas. Morir fusilado, como Dorrego, ó en sombrío rincon, con el rostro ennegrecido por el infiunio, es igual: el sacrificio se consuma siempre, desapareciendo el mártir de la tierra para contribuir á la odiosidad de sus verdugos y á la redencion de sus hermanos. Próxima ó lejana, aquélla se acelera siempre, porque las leyes sociales son infalibles. Los pueblos son hijos del dolor, como las flores más bellas nacen en las tumbas, para demostrar que hasta en el mundo moral la muerte contiene gémenes de nueva vida, que arroja en los surcos fecundantes del porvenir!

Pero ¿qué es el dolor! sino el mismo pensamiento que, en vez de disolverse en ideas, cae gota á gota sobre el corazon! Horada el alma como el agua á la piedra, y hasta las almas de piedra se sienten traspasadas por su dardo frío y fatal, pero

siempre bajo la accion de la idea, melancólica ó simplemente fija, para probar que en la desgracia ó la demencia domina la espiritualidad. El Dr. Maziel murió en su ley: pensando,—pensando en el pedazo de tierra que abandonó, en el hogar desierto, en el clero, en sus fieles, en la amistad y en sus discípulos, que fueron el encanto de su vida, — en todos esos caros bienes que, en la ausencia, componen la patria, y que nunca se comprenden mejor que cuando se han perdido! Mirad su frente, al través de las tinieblas del recuerdo, y la hallareis siempre iluminada por tal idea sombría. Fría, seca ya por la muerte, descubre, como la tempestad entre brumas, el rastro del último relámpago!

Dejémosle, como á muchos otros esclarecidos patriotas, sepultado en los escombros de nuestra historia, que ya vendrá el criterio justiciero que los levantará en la punta de su pluma. Sigamos solamente la pista de su huella, para recojer las flores de su pensamiento, secadas por el tiempo, que demuestran lo que fué su alma y las ansias que la distinguieron entre sus contemporáneos.

Cuando principiamos á estudiar nuestra crónica social, un sentimiento de simpatía, inspirado por la compasión, nos hizo mirar á los compatriotas del coloniaje como víctimas de su época. Nos parecía que no necesitaron morir para merecer la immortalidad, porque sus existencias, aletargadas por

aquel ambiente letal, semejaban más una expiacion que el goce del don que Dios concede á los seres y que se llama la vida. Recibirla y enterrarla en una aldea, estrechada por sus exigencias mezquinas, es morir, nos decíamos, sin haber vivido. La metempsicosis se nos aparecía racional, porque creíamos justo que una de esas almas, por no haber vivido, transmigrarse en alguno de nuestros contemporáneos para cumplir su fin. Si es cierto que todos debemos vivir, no comprendíamos que aquellos seres lo pasaran como en un purgatorio, cuando no cometieron ni siquiera una falta; pero hoy, con idea más neta de la civilizacion, y en presencia de la patria desnacionalizada y degenerada, casi estamos por envidiarlos, porque al menos gozaron el encanto del Buenos Aires clásico, del honor de fundarlo y del ideal de la nacionalidad!

Maziel, nos decíamos, dotado de ingenio, ilustrado y liberal, debió sentirse aprisionado, circunscrito de su casa á la Catedral y de ésta á las conferencias de San Ignacio; sin otra expansion moral que su asistencia diaria á San Carlos, donde vió los primeros retoños de la juventud republicana; siempre, en fin, solo ó entregado á su magisterio y servicio divino, entrustecido mientras se envejecía; pero ¿cuáles son los cambios fundamentales que se han operado en nuestra vida! La libertad es, indudablemente, la vida del hombre civilizado; pero no veo que la Inde-

pendencia nos haya hecho más libres, porque si nos hemos independizado de España, ha sido para depender enseguida de caudillos, dementes ó cuerdos, que valen mucho menos que ella. Interiormente, hemos pasado, entre tanto, por todas las bajezas de la política, desde la anarquía y tiranía hasta la abyección y el saqueo, encabezado por los mismos gobernantes, sin que en ochenta y cinco años hayamos adelantado un ápice en el ejercicio de la costumbre del gobierno. La historia, de lo que, enfáticamente, llamamos vida libre, es escandalosa, y cada nueva revolucion nos ha retrotraido siempre al punto de partida, es decir, á 1810, para tratar nuevamente de instituir el gobierno del pueblo. ¡Qué hemos centuplicado la poblacion! ¡Valiente gracia! desde que, desesperados por una riqueza que nos hemos negado á producir, abrimos nuestras vírgenes playas á todas las razas, para que viniera, atraída por el clima y la fecundidad del suelo, hasta la barbarie y escoria de la Europa; pero,—entendámonos,—á costa de la nacionalidad!

Las inmigraciones han traído el gas, el adoquinado, la electricidad y los palacios. .... No negamos el progreso; sino que, por haber sido puramente material é importado, no ha crecido la capacidad industrial del pueblo, produciéndose aquél á costa de su nivel moral. Somos más ricos y prósperos, pero no más libres y felices, á pesar del sacrificio de

la nacionalidad, y en cuyo holocausto rechazamos á los ingleses en 1807, que nos habrían dejado su fecunda civilizacion. No hablamos tampoco de la ciudad, sino del ciudadano. Antes éste, siendo súbdito, era más patriota, aunque no tenía aun patria; más amante de las ideas, que ennoblecen el espíritu; más creyente en Dios y la inmortalidad, porque no existe sociedad sin religion ni filosofía; más honrado, generoso y sincero, es decir, más social y humano. ¿Dónde están, al menos, las costumbres que cimentaron el antiguo hogar? el valor y carácter caballerezco de la España; su sobriedad, honradez nativa y orgullo clásico, que fueron, para la vida pública y privada, no menos fuertes y dignos que los que labran la felicidad de la vieja Inglaterra? ¿Dónde están? ¡En los vestigios de la historia! por no decir entre las patas claveteadas de los inmigrantes!

Hasta el criterio moral ha desaparecido. Todo hoy, entre nosotros, es natural, hasta el crimen. No pudiendo sustraerme al medio ambiente en que vivimos, considero tambien naturalísima esta evolución social que nos deja sin patria y aún sin compatriotas, como si el planeta, en una de sus rotaciones, nos hubiese arrojado al espacio. No lloro, como los espartanos, sobre las ruinas de la patria; vivo solidario hasta de la gloria de haber rechazado á los ingleses en 1807, á pesar de que fué nuestra segunda

desgracia, dada la de la colonización española, y— creedme— hasta con el lábío arqueado de alegría, sonriente ante el porvenir, en la esperanza de que, á mediados del siglo venidero, las generaciones argentinas serán fuertes, orgánicas, patriotas y felices bajo los auspicios de una nacionalidad homogénea por la raza, las costumbres y las aspiraciones; pero dejadme envidiar el alma de la colonia, porque la vida social es lo que aquélla bajo la inspiración de sus nobles sentimientos. Creyó en el amor y la amistad, en vez de la avaricia y el egoísmo; el hombre veía en cada uno de sus semejantes un hermano; la sociabilidad era sincera é ingénua, y los corazones latían unísonos, inspirados por anhelos y aspiraciones comunes,—y la existencia, reflejando tal estado moral, deslizábase tranquila, feliz dentro de estrecho horizonte, porque no se había armado aun este estado social, artificial y minuciosamente combinado, y que solo lo mueve el sórdido interés.

Feliz, sí, porque así como la vida es libertad, el alma, íntimamente, no tiene, en este valle de lágrimas, otro ideal que la felicidad, especialmente cuando se halla bajo un régimen colonial. La sociabilidad se convierte, entonces, en fuente inagotable de delicias, en desquite de un sibaritismo ausente aun; sino veríamos reinar únicamente la soñada felicidad en las grandes capitales, y,—

como lo sabeis—el destino, apesar de su crudidad, es justo en la distribucion de sus dones, habiendo querido que aquélla sea el ángel de las bohardillas para endulzar la amarga miseria. Para los palacios, la opulencia y el lujo, bajo la accion del dolor, que roe y empalidece,—y coín la felicidad es tambien relativa, Dios la dejó en las aldeas, así como quitó al hombre la salud en cuanto abandonó su almohada de piedra.

Es la naturaleza, que se manifiesta siempre lógica hasta en la muerte. El que se levanta tarde, no solo aspira un aire infecto y caliente, sino que pierde el espectáculo de la salida del sol. Buenos Aires es de aquellas ciudades cuya mayor belleza aparece en la mañana. Hoy mismo, desnacionalizada y degenerada, muestra, con sus puertas cerradas, en el silencio de su despertamiento, solo interrumpido por el canto de los pájaros en las azoteas, las voces de los vendedores ambulantes en las calles y los pasos precipitados en las veredas de los criados que se dirijen á los mercados, indicios de la vida colonial y esencialmente española. Entonces dormíase siesta, para levantarse sus habitantes á la aurora, y ¡qué encanto al abrir las ventanas de la calle, para que entrara el sol matinal, ver, por las rejas voladas, el pasaje de los chalanes vendiendo pescado y perdices, á los aguadores en carros arras-

trados por bueyes y á los mozos gañanes en dirección al bajo á cortar leña!

El panadero bajaba de un brinco de su mulita con arganas, franqueando alegre el zaguán con la cesta de juncos rebosante de sabroso panbazo de San Roque; las lecheras, descalzas y con poncho, pasaban al trote en sus caballos sudorrientos y vapurosos, después de haber cruzado ríos, ofreciendo leche pura y pastosa; chinas corpulentas y silenciosas, con sus largas trenzas á la espalda, llevaban, como las ejipcias, botijas de barro sobre sus cabezas, ofreciendo aceitunas (1), y entre las barandillas de caña de una carretilla desvencijada, que marchaba al paso de buey, un criollo montaraz alababa á gritos sus zapallos y duraznos del monte. Era una población, que amanecía alegre como las aves del bosque, demostrando que las ambiciones no habían aun roido su alma ni arrebatado su primitiva virginidad, que la mantuvo feliz en ese letargo de su civilización.

Todo este cuadro, amenizado por los negros congos, que vendían entre chanzas tabaco más puro y barato que el de hoy, lo contemplaría Maziel desde los corredores del patio en primavera y en in-

---

(1) En aquel tiempo, la parte comprendida en las inmediaciones de la Recoleta estaba cubierta de bosques de olivos y especialmente de naranjos y limones. De aquéllos se ven aun en algunas casas de la Avenida de la República y en un jardín de la calle de Callao, al llegar á la de Juncal, existen varios ejemplares de los últimos y que tienen como 20 metros de altura.

vierno trás de los vidrios congelados de su ventana. No tenía para ello que dar un paso, mientras que hoy, por los gritos de los *pra-papa* (1) y demás vendedores ambulantes, parécenos más bien que nos despertamos en unos de esos gran trasatlánticos que cruzan el canal de Suez, ingleses por su Compañía y bandera, pero llenos de turcos, arjelianos, franceses, italianos, belgas, húngaros, austriacos, bávaros y suecos. Los que juzgan esta Babel con el criterio del inmigrante, deberá parecerles este espectáculo muy bello, pero los que los contemplan siquiera con el sentimiento de la patria, le darán, como yo, la espalda con las lágrimas en los ojos, al ver que, por recibir tal muchedumbre heterogénea, no nos queda de aquélla más que el terruño. Maziel, aunque colono y súbdito español aun, era, como futuro argentino, más feliz que nosotros, porque sin asomarse á la calle, se sentía en su patria, y al salir, donde quiera que se dirijiese, no veía sino compatriotas, mancomunados por el sentimiento de la nacionalidad. Idéntico origen, ilustrado por la tradición; ideas y sentimientos semejantes; una misma alma en todos, vinculada por ideales comunes y con una visión propia del porvenir, esa es la patria, y no el pedazo de tierra, que puede desaparecer mañana por un terremoto ó tragado por el mar, porque el hombre no es legumbre, que nace de las entrañas de aquélla,

(1) Nombre popular dado á los vendedores callejeros de papas.

sino producto de su raza, que le dá las ideas, los sentimientos y el carácter.

Suponéos á Maziel, en unas de las tibias mañanas de primavera, paseándose bajo sus corredores, ó revisando manuscritos en su escritorio mientras le daba mate alguna negra esclava, tranquilo y con el oido amenizado por las exclamaciones de los vian dantes, atendiendo una visita del Dr. Labarden, de zapatos, calcetines, trenzas y sombrero de tres picos, de paso para dirijirse á su despacho de Auditor en el Fuerte. ¿Quereis algo más agradable! y cuando no era el festivo y culto D. Juan Manuel, lo sería Medrano, y en las noches de luna, calurosas, refrescadas por las ráfagas del río, no dejarían de verle el Arcediano Riglos, Agüero, Arroyo, Chorroarin y los profesores de San Carlos y curas de las parroquias vecinas. Mates de rica yerba, bien cebados,—cigarros y cigarrillos de tabaco tucumano, paraguayo ó legítimo de la Habana, harían todo el gasto en las reuniones, pero ¡qué diferencia en las conversaciones! como que nos referimos á 1760!

Nada de la vulgar pregunta *qué se dice de nuevo*, erijida hoy en sacramental, para hablar inmediatamente de esto que aun nos atrevemos á llamar política, y que consiste en seguir manteniendo al pueblo sustraído de sus derechos para explotarlos en provecho propio. Diálogos pausados, serenos, en vez de discusiones apasionadas, irritantes, que

inyectan los ojos de sangre y hacen exhalar alien-  
tos agrios, como que nacían de almas sanas; con-  
sideraciones sobre las costumbres, que iban paulati-  
vamente progresando y haciendo cada vez más feliz  
al pueblo; crítica de algun acto administrativo del  
virey ó del Tribunal de Cuentas; opiniones sobre al-  
gun conflicto de jurisdiccion entre las autoridades; elo-  
gio de algun sermon de Sotelo, en San Nicolás, ó de  
Suero, en Monserrat; programa de la próxima  
conferencia en la Catedral, ó reflexiones sobre la-  
guna poesía de Góngora ó Moratin, para expan-  
dir el espíritu y levantarla sobre las pequeñeces de la  
realidad. Relaciones modestas, sencillas, pero incom-  
parablemente más puras que las de la actualidad,  
como que bullían en el fondo virtud y patriotismo  
ideal. Ellas bastaron para nutrir la sociabilidad co-  
lonial y la cultura de su espíritu, porque aquella  
generacion argentina, sin vivir en la edad de oro,  
estaba, por su criterio moral, más arriba de la  
avaricia y egoismo contemporáneos.

Si la civilizacion, subjetivamente, es el carácter,  
el civismo y la virtud, no dudo en afirmar que enton-  
ces existía aquélla en mayor grado, porque nunca  
creeré que sea el reinado de los vicios actuales, que  
nos ponen al nivel de Bizancio y en la pendiente de So-  
doma y Gomorra. Me parece hasta irónico comparar  
la vida del pasado con la del presente, teniendo por  
ideal la felicidad. ¿Dónde están los goces morales

de la actualidad? ¿Comtemplar que hasta la barbarie de la Europa, por el descrédito en que hemos caido, nos niegue sus avalanchas de inmigracion, y que si se digna venir, resuelva, por nuestra incuria, el problema de la riqueza á costa de la nacionalidad! Sin religion ya, sin filosofía, sin principios morales en la conciencia pública y que rijan las acciones personales ¿ver poco á poco desaparecer las antiguas costumbres, los sentimientos que nos diferencian de las fieras, y hasta el hogar! Por no existir el sistema republicano, sino su falseamiento, debido á la desaparicion de la nacionalidad, ¿presenciar al pueblo dividido en verdaderos gobernantes y gobernados, como en la vieja Atenas! Aquéllos, por no querer trabajar, convirtiendo la política en industria para enriquecerse en el gobierno, y los demás, el pueblo, por hallarse desnacionalizado y ser completamente extranjero, sin seguridad, sin justicia, y abrumado por impuestos exorbitantes y arbitrarios, para sostener á sus verdugos que los esquilman. Este trastorno de los hombres y las cosas, es un estado de verdadera revolucion. Digno solo de la antigüedad, será muy agradable para los opresores, pero no para los que, con el patriotismo en el corazon, sufren el espectáculo de la desaparicion de la patria, su desmoralizacion y decadencia. ¡He ahí el dolor contemporáneo! la vida amarga, esclava, convertida en verdadero purgatorio, y que,

por un falso miraje, la creí al principio más propia de la colonia!

¿Y los placeres materiales! Aunque ellos solo hacen la felicidad de la bestia, diré que aquella vida era como la que hoy se goza en las estancias. Carne, aves, pescado, legumbres, frutas, todo ello es era más barato, fácil, de mejor calidad, y ofrecidos en la puerta de casa. ¿Y las noches de invierno! Se dormía, caro lector, para levantarse al alba, y poder, despues de la merienda, sestear un par de horas. Sueño tranquilo, reparador, y no como el de hoy, agitado, febriliente, por la avaricia y las especulaciones, para volver á levantarse pálido y nervioso. Maziel, sin embargo, asistía á las conferencias de la Catedral, y no faltaria, de vez en cuando, algun amigo de buen humor como Labarden, que le visitara acompañado de un negro esclavo que le alumbraba con candileja el paso y se quedara roncando en el zaguán mientras platicaba su amo. Y si en la soledad llegaba á asaltarle la melancolía, tenía su magnífica biblioteca para disiparla hasta que el sueño adormeciese sus párpados. Algunas noches, haría enganchar sus mulas al cochete para visitar algunas iglesias, donde tan buenos sermones solían predicarse, pero más por los pantanos que por la distancia.

Tal era la vida del Dr. Maziel. Modesta, virtuosa, era, á la vez, holgada, y refleja tambien la de su tiem-

po, para demostrar que el lujo ni las vanidades harán jamás la felicidad humana. Si os quereis convencer, pensad que su morada, á espaldas de la Catedral, tenía 20 varas de frente por 35 de fondo, ocho habitaciones y ámplios corredores. En vez de huerta, poseía corrral para guardar sus mulas, mientras que hoy nuestras familias seculares abandonan sus centrales mansiones en busca de mayor comodidad por los arrabales. En la pieza de la calle estaba su nutrida librería, y los muros lucían varios cuadros al oleo que representaban mártires del cristianismo. Todos sus muebles eran de jacañá macizo, y si la curiosidad os hubiese hecho asomar á la alcoba, habrías visto sillas de pié de cabra y un lecho cómodo, adornado con colcha y colgaduras de damasco amarillo. Muchos, á pesar del decantado progreso material de esta ciudad, envidiarían hoy vida tan sencilla, y hasta personajes, tildados de poderosos, no gozan en su hogar de tanta felicidad, es decir, de lo que llamamos tal en la tierra y que solo nace de la paz con nuestra conciencia. Es que él poseía el secreto, y eran la modestia y la virtud, sacadas del evangelio y del pensamiento, que busca el ideal en las alturas.

Las viejas campanitas de la Catedral, que repicaban á todas horas, fueron el solaz de su oido, que si no oyó la voz del amor, tampoco fué herido por la del vicio. El mundano quedaráse espantado ante el

pequeño número de fruslerías que una alma de tal género necesita para vivir. ¡Error! es él, que vive de pequeñeces, como los vicios y el oro, que son solo mentira y polvo, y se truecan siempre en acabar, mientras que aquellos varones solo se alimentan de grandezas como la virtud y la moral. Es que viven del alma, que solo se nutre de cosas eternas y sin precio, mientras que el vulgo solo se ocupa de cebar su cuerpo para arrojarlo á los gusanos. Comen para vivir, mientras que éstos viven para comer. ¡Sombra de Maziel! cuando en altas horas de la noche paso por donde fué tu morada, paréceme que te alzas entre los muros para protestar por tu fin ignominioso, y que tus mulitas piasfan impacientes en un rincón del corral, esperando una última partida!

IV

Los escritos dejados por el doctor Maziel no son muy numerosos. Escribió, sin embargo, más que muchos de nuestros contemporáneos que arrastraron en vida fama colosal de sabios ó literatos. Hallamos la causa de esta parsimonia intelectual en el añejo clasicismo, que encorvaba medio siglo á los más robustos talentos en investigaciones históricas ó pueriles, sin que se decidieran jamás á tomar la pluma, temerosos de no poder decir algo nuevo.

La fantasía no existía, y se ignoraba el arte de cambiar la forma á los asuntos. Tiene él, por su parte, la formal disculpa de su incesante actividad en las varias esferas sociales en que la empeñó, y que fué tan fecunda para su nombradía y por sus resultados.

Contraido pacientemente al estudio, fué érudito en Teología, Derecho Canónico, Jurisprudencia General y Literatura. Hoy mismo sería una figura culminante del clero y el foro, y en cada una de aquellas ramas, deja su huella de luz, que será eterno testimonio de su virtud y amor al pensamiento. Entre sus escritos jurídicos se conservan la *Defensa* del Obispo, don Manuel Antonio de la Torre; un *Dictámen*, despues de oírse á los Padres de Lima, sobre devolucion de una india en cambio de una cautiva; su *Opinion* en la contienda entre dos catedráticos de la Universidad de Córdoba sobre trabajos de los siervos en dia feriado; una *Consulta* sobre los matrimonios ocultos ó de conciencia de los empleados públicos, contraidos con asentimiento del Juez eclesiástico, pero sin licencia del rey, como era de práctica, y varios otros de carácter semejante, que solo contribuirían á hacer más extensa esta enumeracion. Dejaremos tambien de lado algunas hojas sueltas, y sus alegatos acerca del virey y la corte de España sobre su destierro, porque obedecen á simples circunstancias, y nos

contraeremos únicamente á sus produccions literarios. Son, felizmente, las que más abundan, y fruto de sus horas de descanso, exhalan tierna sensibilidad, tan en armonía con su carácter bondadoso.

Todo estaba en su contra. La literatura española pasaba por un eclipse. No solo no poseía ingenios, sino que el estilo y el gusto, á falta de ideas originales, se hallaban dominados por el gongorismo y los períodos gerundianos. Aquí nò había, en los años á que nos referimos, más cultivadores de las letras que Labarden y Medrano. Sin fuentes da educación y en tan pobre medio ambiente, no era extraño que sus facultades, como la de estos distinguidos compatriotas, pasasen desapercibidas y an decayeran sin dar sus legítimos productos.

Buenos Aires era apenas una aldea. La población, en 1778, llegaba solo á veinticuatro mil almas contando los suburbios; las calles carecían de asfalto, y estaban llenas de pantanos y lagunas infectas; no se había aun establecido la iluminación, los que salían de noche, veíanse obligados á llevar delante un siervo negro que alumbrara el paso con un farol; el teatro ó la Ranchería no estaba fundado, y toda la sociabilidad se reducía á la administración del Virey, á las funciones del clero, al colegio San Carlos, á la Junta de Temporalidades, al trato con el Procurador de la Ciudad, doctor don May-

Basavilbaso, al del Auditor de Guerra, doctor Labarden, y á las fiestas civiles y religiosas.

¿Qué inteligencia, por poderosa que fuese, podía, en atmósfera tan letal, producir algo digno de la posteridad! Los doctores Maziel y Labarden, aparecen superiores á su tiempo y víctimas de su atraso, demostrando que, por inspiracion ó conviccion, se impusieron una mision progresista, que debía ponerlos al frente de su generacion. A sus facultades y esfuerzos deben únicamente su fama y escritos, así como al muy loable afan de iniciar la vida intelectual, para abrir mayores horizontes al saber y á las aspiraciones sociales. De ahí es que nuestros verdaderos poetas, y especialmente los subjetivos, aparezcan recien con la revolucion, cuando, al entrever la libertad, pudieron entonarle himnos, para confirmar que en literatura es tambien exacto que los hombres son hijos de su época. Con el corazon, hinchido de sentimientos sublimes, saludaron á la patria, que surjía como una aurora, mientras que los vates del coloniaje, no pudiendo escapar á su accion personalísima, se esterilizaron escribiendo loas á las entradas ó muertes de vreyes, fiestas religiosas, y panejíricos ó sonetos á los poderosos, sin estímulo alguno y en medio de una existencia aletargada por el tedio y sin esperanzas reaccionarias.

Veíase á los espíritus más preclaros sentir el in-

flujo de aquel estado político. Sin la conciencia de la soberanía, súbditos, ó ménos aun, colonos, el virey, representante del monarca, era la personificación, en virtud de la divinidad del poder, de lo soberano en todo y cuanto era dable imaginar. Él era el derecho, la autoridad, la ley, lo absoluto, y las personas, con sus prerrogativas y bienes, nada, —y los que, como Maziel, por su instrucción, sentían algo más que la generalidad en el fondo de su mente, se guardaban muy bien de publicarlo.

El escaso movimiento literario, aunque iniciado por espíritus tan preclaros, no podía dejar de ser un adelanto social, y, sobre todo en una colonia que crecía bajo el régimen de una constitución monárquica. El virey y cuanto á él se refería, era sagrado, divino, y en las alocuciones que se le dirijían, era natural la alabanza y hasta la abyección, hincándose el orador ó poeta como un siervo de la antigua Grecia. Debemos hacer una excepción en honor de Maziel. Cuanto escribió sobre Vértiz, Ceballos y Loreto, escapó, merced á su carácter, á tan tiránica influencia y á su seriedad, que le mantuvo dentro de los límites que impone la dignidad, debe seguramente su melancólico fin, aunque, como dijimos al principio, no dejó entrever nunca, á pesar de sus tendencias reaccionarias, los rumbos futuros de la patria.

En confirmación de lo expuesto, ahí está la ma-

yor parte de sus versos, que se titulan: *Panejíricos y poesías á los triunfos del primer virey D. Pedro Ceballos.* Este General, por sus batallas contra los portugueses y su benemérita administracion, merece toda alabanza, y aunque Maziel mantiene á raya las suyas, cae en la vulgaridad de los sonetos, que plagó de metáforas mitológicas. El soneto y la Mitología, como inspiracion, eran la herencia que recojieron nuestros poetas de la literatura española. Añoso injerto en árbol tierno, los frutos no fueron iguales en sabor ni color. La fantasía, en vez de recorrer esta vírgen naturaleza, ante cuyos bosques y torrentes se habría extasiado, volvíase á la metrópoli como paloma mensajera, porque allí estaba al abrigo de su escolasticismo paterno. Alimentados por agena sávia, continuamos hasta despues de la revolucion, en que otras razas, al emanciparnos intelectualmente de España, nos trajeron sus ideas y gustos modernos.

Acerca de la pobreza de sucesos que inspiraron aquellas liras, nos dá un ejemplo el mismo Maziel. Una tarde de Noviembre de 1786 cruzaba el virey Loreto en su carroza una de nuestras calles, y al ver un sacerdote que conducía á pié el viático para un moribundo, descendió de ella y le hizo ocupar su lugar. La guardia del Cabildo, el Tribunal de cuentas y el numeroso gentío que se formó instantáneamente, rodearon al magistrado y le acompañaron á

pié hasta su morada. Aunque este rasgo en él no fué sino una de sus acostumbradas extravagancias, corrió de boca en boca y sirvió de tema en las conversaciones durante mucho tiempo.

Maziel, que era el orador de las solemnidades, creyó que no debía perder esta oportunidad para lucir su estro, y escribió dos sonetos, que no le sirvieron sino para despertar más en su contra los celos de los cortesanos del virey. Lo demás, ya lo sabeis. Moratin ó Jovellanos, que hubiesen venido á residir aquí, habrían visto extinguirse sus ingenios como lámparas sin óleo. ¡Qué quereis! para los estudios abstractos, basta el silencio y hasta una prisión con su fría soledad; pero para los literarios, requiérese el mundo externo, que brinda ideas y excita la médula con la vida civilizada.

¡Para qué escribir! Era preciso no conocer, como el Dr. Maziel, después de las fatigas diarias, otro goce en el hogar que el intelectual, porque la *Imprenta de los Niños Expósitos* no se había aun fundado en *La muy ilustre y noble ciudad de la Santísima Trinidad, puerto de Santa María de Buenos Aires*. Si se dedicaba á él, para dar á conocer sus composiciones, tenía que hacer numerosas copias y repartirlas entre los aficionados. Corrían de mano en mano, escritas en papel grueso, de hilo, con letra española, grande y de caracteres amanerados. Toda esta tarea la tomaba personal-

mente el autor sobre sí, porque los amanuenses no eran muy comunes. La idea, en su principio, se consideraba como una creacion, y quedaba en secreto hasta dársele publicidad. De ahí es que si era una persona ocupada, pasábase hasta un año para que se distribuyesen las copias de un soneto!

Estas copias no alcanzaban, á pesar de la pequeñez de aquel mundo, á tener suficiente publicidad, porque caían en poder de personas indiferentes, que las inutilizaban ó no las pasaban á otros, ó de afectos á colecciónar manuscritos, que ni tenían la buena voluntad de hablar de ellos. Podía existir un escritor, ocupado constantemente en esta tarea, y sin que lograra salir de la oscuridad. No había más personajes que los empleados públicos, y si el Dr. Maziel, en sus sonetos sobre el viático, no hubiese sido atacado por los que rodeaban al virey, habría permanecido ignorado como poeta, porque ni la *Imprenta de Niños Expósitos*, ni *La Lira Argentina* y ni *la Colección de Poesías Patrióticas*, que dieron á luz las poesías del coloniaje y de la independencia, reprodujeron una sola de él.

Fué necesario que los Señores Segurola y Olaguer Feliú conservaran durante un siglo estos manuscritos en sus archivos particulares, para que hoy podamos apreciar la intelectualidad de algunos antepasados. El nombre del Dr. Maziel, por sus sermones en la Catedral y en San Ignacio, ha llegado

hasta nosotros repetido por los láblos de las generaciones, y si no fuera por aquellos coleccionistas, imposible nos sería hoy presentar cópia de una sola de sus composiciones. Todos nuestros escasos escritores antiguos se hallan en el mismo caso, y cuando pensamos que muchos habrán perecido por falta de copistas ó rastreadores, un sentimiento de commiseracion nos los hace doblemente respetables. Si no escribieron, pensaron, y si no dejaron escritas sus ideas, las llevaron á la tumba, porque nacieron en una sociedad primitiva, que solo se ocupó de sus necesidades materiales. Su pasaje en la tierra, no fué, sin embargo, estéril, y abrieron como el arado profundo surco, donde arrojaron la simiente de sus virtuosas costumbres, que nosotros hemos arrojado á los vientos, — y varios, como Maziel, nos legaron sus manuscritos, que hoy nos sirven al menos para seguir la evolucion intelectual de nuestra nacionalidad.

Lo antiguo nos merece, por lo general, preventión, pero cuando recordamos la inmensa cantidad de manuscritos que han servido para envolver yerba, café, azúcar y hasta chorizos en el comercio al menudeo desde 1810, en que la emigracion, las confiscaciones y persecuciones de la tiranía arrojaron al viento muchos archivos, sentimos algo como un escalofrío. No decimos hasta hoy, porque hace muchos años que se han agotado. A los

pulperos, bolicheros, carniceros, puesteros, etc., etc., ¡qué les importaba! inmigrantes recien llegados, habrían puesto en la balanza con la mayor sangre fría hasta el acta de la fundacion de la ciudad ó las escrituras de la Catedral! Los responsables somos nosotros, porque, por patriotismo, hemos debido conservarlos. Constituyen la tradicion. Unos han sido abandonados, otros se han apolillado, aquéllos depositados en los altillos, roidos por los mineros, perdidos, prestados, vendidos, regalados!..... Dá tristeza ver la complicidad que ha tenido el egoismo, el egoismo nacional, de gente ilustrada, de apellidos históricos y que debió interesarse en la conservacion de esos manuscritos; pero ¡hablar del egoismo en estos tiempos, es como combatir la ingratitud! . . . .

He ahí cómo, por falta de imprenta, cár el doctor Maziel en el más puro stendhalismo. Escribir por escribir, sin la menor intencion de vanidad, fué la neurósia del autor de *Armance*. Conocidos los defectos que debían afeiar las poesías del coloniage, es tiempo que hablemos de las del doctor Maziel. Trascribimos la siguiente, en que consuela á los portugueses de las derrotas que les causó el virey Ceballos en la reconquista de la Colonia en 1762. Creemos demás agregar que era Soneto.

Cuando el invicto Eneas vió rendido  
Al jóven Lauso que á sus piés postrado,  
Sintiendo de su muerte el fatal hado  
Maldice el polvo que mordió vencido,

No te aflijas, le dijo condolido,  
Por ser despojo de mi brazo airado,  
Que el mayor timbre de tu orgullo osado  
Es ser mi espada la que así te ha herido!

Tal es ¡oh generosos lusitanos!  
La gloria que releva vuestra caida  
Cuando del gran Ceballos sois trofeo;

Pues mucho gana quien se rinde á manos  
De este hijo de Minerva que la Ejida  
Blandió mejor que Ulises y Teseo.

La idea, pretendiendo consolar á una nacion derrotada, por haberlo sido por tal adalid, está conforme con el entusiasmo que siempre guardó Maziel por Ceballos, con la justicia de la causa y el espíritu de este valeroso general, pero no nos atrevemos á señalar sus bellezas, temerosos de que el cariño que poseemos por lo antiguo, choque con los gustos modernos. Cada lector la apreciará á su manera, pero debiéndose tener en cuenta que la critica solo juzga con relacion al tiempo y medio en que se escribió la composicion. Achacando los defectos de esta produccion á su época, no vacilamos en afirmar que en la metrópoli no se escribían mejores sonetos. Su estilo es superior al de Labarden, en Siripo, y al de Medrano. Deja atrás al gongorismo, y se advierte la amplitud que nos emancipó del len-

lenguaje del siglo XVIII y que produjo nuestra habla actual, y cuyos representantes, en España, son Espronceda, Larra y Nuñez de Arce. Razon tiene el Dean Funes cuando lamenta que se hayan perdido por falta de imprenta sus escritos para las *letras americanas!*

En los manuscritos del Dr. Segurola hemos visto otras composiciones en verso del Dr. Maziel, dirigidas unas al Obispo de Buenos Aires y otras al general Ceballos y al marqués de Loreto. (1). Las reputamos muy inferiores á la que hemos trascrito, seguramente porque no fueron correjidas. La imprenta, como dijimos, no existía aun, y quedaban en los archivos de los coleccionistas tan solo como un pasatiempo de los que no preferían emplear sus horas desocupadas en chismes de aldea y hablar mal del prójimo. ¡Un pasatiempo! tal era la literatura en la colonia hasta que la *Imprenta de Niños Expositos*, por medio de nuestro primer periódico *El Telégrafo Mercantil*, creó la publicidad y con la ella la vanidad literaria, para estimular los espíritus á la producción intelectual.

Para muestra, pues, de lo que escribió el Dr. Maziel, basta con el soneto en que consuela á los

---

(1) Estas composiciones las poseemos en un Archivo Poético, que hemos formado desde hace años, y que contiene las poesías de los vates de la Colonia y de la Independencia que nunca se coleccionaron, como las de Labarden, Maziel, Miralla, Medrano, Rivarola, Rodriguez, Molina, Belgrano, Arzac, etc.

portugueses de haber sido vencidos por una espada como la de Ceballos. Es imposible, á tamaña pena, ofrecer, sin ironía, bálsamo más dulce, y si se tiene en cuenta las glorias de aquel guerreiro, los elogios que él contiene están muy por abajo de los de la literatura palaciega que floreció en España en el siglo XVII. Investigamos principalmente, por el momento, nuestros orígenes literarios, para seguirlos, en sus evoluciones, á traves de las generaciones y demostrar hasta dónde ha ido la influencia social del pensamiento argentino. El Dr. Maziel, bajo este punto de vista, tiene un puesto culminante en nuestro parnaso como hijo apasionado de las musas y reaccionario genuino de la forma libre y romántica que caracteriza el castellano moderno. No podemos pretender más de él, porque á los escritores no se les puede sacar de su siglo, y hoy sería incapaz, por el fondo ó la forma, de servirnos como modelo, debido á los ideales tan distintos que agitan á nuestra sociedad cosmopolita.

Como sér moral, nó; levantamos con orgullo su alma, porque, á pesar de la revolucion, que ha cambiado la faz social, no hemos producido nada más austero y conciente de su mision. Hoy mismo sería, por su virtud y ejemplo, una figura luminosa en la cátedra, en el clero ó la política. Honraría el alma argentina, demostrando que si somos actualmente más文明ados, no poseemos mayor amor á los prin-

cípios, que entonces estaban en las regiones de lo ideal. Sacerdote por vocacion, supo, sin ajar sus vestiduras, propender con sus facultades é ilustracion al triunfo de las libertades; las irradió en el pulpito y en las aulas sin que su fé religiosa se menoscabara y dejase de ser la llama de su cerebro; pastor de Cristo, supo creer; ciudadano, pensó y balbuceó profecías que brillaron como esperanzas; hombre, ante todo, fué, en todas las circunstancias de su existencia, humilde, moral, fuerte, paciente, resignado y severo. Todo lo prodigó: desde su vida hasta la muerte, y sin recibir sino lágrimas amargas! Hasta expiró sin la conciencia de que fué una víctima de su época, que el destino inmolaba para fecundar la libertad! ¡Mártir oscuro! la justicia es del porvenir, pero cuando la sicología toque el fondo del alma humana, tu nombre brillará eternamente con los fulgores celestiales de la redencion . . . . .

Termino aquí estas líneas, deuda de gratitud histórica para con este ilustre varon, que los griegos habrían calificado de sabio y prudente. Al apartar de él la atencion, siento en mi alma algo como el vacío, porque forzado, por escasez de datos, á bosquejar más su fisonomía mora que su existencia, he vivido, entre tanto, sugestionado por la era plácida de la colonia, que tanto me

atrajo con su sencillez y virtud. ¡Cuántas veces en la noche, al recomenzar este trabajo, no me he sentido en su compañía, como si hubiese evocado su espíritu! Parecíame, cuando dejaba descansar la pluma, que se despedía de mí, y en la soledad, interrumpida solo por el péndulo del reloj, creía oír hasta los rumores que desplegaba su vestidura flotante. ¡Ilusiones! ó alucinaciones, mejor dicho, de una fantasía que, impotente para inspirarse en la realidad, veíase errante en el misterio!

Creo, no obstante, haber cavado hasta el agua, es decir, hallado todos los datos que sobre él existen, aunque, por carencia de facultades, no los haya utilizado como merecían. Tal vez no esté lejano el día de que en una cómoda de alguno de sus descendientes, que será alguna vieja cocinera, en virtud de la misma desorganización social que ha constituido nuestra *high-life* con los hijos de los *prapapa*, se encuentren documentos que delinéen con precisión esta personalidad perdida en el pasado. ¡Olvidaba que los ratones los habían devorado há tiempo! ¡Que venga, entonces, el mágico que haga pasar con su linterna en una tela más vasta esta silueta sombría, iluminándola con los reflejos de la naturaleza y de la vida! Sí, Maziel fué más que una máscara de bronce, que solo aparece llorando su destino!

Me quedo pensando, lector, como afectado de ce-

rebracion inconciente. Son las ideas absolutas, que me hacen negar el tiempo y ver, desde el hombre hasta el árbol, seres que se transforman para representar las evoluciones de la naturaleza. ¡El alma, la vida! un instante en la eternidad, un sueño! ¿No lo veis en la historia! Pasan las generaciones como las bandadas de aves que cruzan el espacio.... Apenas tenemos tiempo de alzar nuestra frente para contemplar su vuelo, porque se han perdido para siempre como naufragos en la inmensidad. Así otras y otras, como si fuese necesario morir para vivir.

Y el hombre, en este torbellino que se desborda en un mar sin orillas, se salva por el pensamiento ó la accion, que lo diviniza, incorporándolo á la esencia del espíritu humano. Su nombre se eterniza. He ahí la grandeza de la vida. Vive en el tiempo. Todos pueden conquistar este galardon. Existe siempre una causa viva, abierta en todas partes: la civilizacion! El que no sea pensador ni guerrero, tiene el carácter, que abre, bajo las inspiraciones sublimes del corazon, la senda iluminada de la abnegacion y el sacrificio. Los que han expirado en esta cruz, viven no solo en el recuerdo, sino en el corazon de la humanidad. Es el premio de la virtud. A ellos pertenece Maziel, mártir del dolor, y que, por haber desaparecido llorando en un calabozo, no es menos digno de la posteridad y del cariño de su patria!

---

DEL MISMO AUTOR

---

Introducción al Estudio del Derecho Internacional Marítimo.....	1 tomo
JUAN C. LAFINUR (Crítica literaria) .....	folleto

---

Domicilio del autor: Coronel 809.—Buenos Aires.

---

APARECERÁ PRÓXIMAMENTE  
**ESTÉBAN LUCA**

(POETA Y SOLDADO DE LA INDEPENDENCIA)

---